



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA



DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Sergio Hernández Pérez

y

D.ª Paloma Martínez Rodríguez
Alumnos del Grado en Enfermería

Día 7 de junio a las 11:30 horas

Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026

DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Sergio Hernández Pérez

y

D.ª Paloma Martínez

Rodríguez

Alumnos del del Grado en Enfermería

SR. RECTOR MAGNÍFICO,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
Y PADRINO DE PROMOCIÓN
ESTIMADOS PROFESORES Y ALUMNOS
QUERIDOS COMPAÑEROS
SEÑORAS Y SEÑORES.

Es un honor dirigirnos a ustedes desde este atril y compartir un momento tan significativo como el que hoy vivimos.

Esta casa ha sido mucho más que un lugar de formación académica. Ha sido un hogar donde hemos crecido como personas, donde hemos aprendido a mirar al otro de forma integral y donde hemos descubierto qué significa cuidar. Por ello, nos sentimos profundamente agradecidos.

Como representantes de los alumnos, asumimos este momento con ilusión, siendo conscientes de la responsabilidad que implica poner voz a tantas historias, esfuerzos y sueños compartidos.

Hace unas semanas todos los alumnos colgábamos por última vez nuestro uniforme. Y aunque pudiera parecer un gesto sencillo, entendimos que algo había cambiado para siempre. Dejamos de ser estudiantes que soñaban con convertirse en profesionales para empezar a caminar como enfermeros y fisioterapeutas responsables de la vida, el dolor, el alivio y la esperanza de otras personas.

Durante estos años hemos aprendido anatomía, farmacología, biomecánica y técnicas. Pero descubrimos que el cuidado va mucho más allá.

Cuidar es permanecer cuando alguien tiene miedo. Es sostener una mano en silencio cuando no hay palabras. Es escuchar incluso lo que no se dice. Es acompañar el dolor, la incertidumbre o la pérdida. Por eso, hoy podemos decir que nuestra profesión no se ejerce solo con conocimiento, sino con humanidad.

Hoy salimos a un mundo donde la tecnología y la inteligencia artificial transforman nuestra manera de vivir. Pero también recordamos que ninguna máquina podrá sustituir la compasión auténtica ni la emoción de ver avanzar a un paciente.

Salimos a una sociedad llena de avances, pero también de prisa e indiferencia. Frente a ello, nuestra misión será preservar lo humano, defender la dignidad de cada persona y recordar que nadie debería sentirse solo en el dolor.

Por eso queremos recordar a quienes nos precedieron, como San Juan de Dios, que nos enseñó que el cuidado nace del amor al ser humano, especialmente al más vulnerable. Su ejemplo nos recuerda lo que significa volver a casa agotados tras un turno o sentir impotencia ante el sufrimiento. ¿Recordáis la primera vez que os emocionasteis por un paciente?

Todos recordamos nuestras primeras prácticas. Ese primer momento frente a un paciente, intentando parecer más seguros de lo que realmente nos sentíamos. Las manos temblaban, a veces más que las del propio paciente. Y aun así, en cada gesto inseguro, había alguien aprendiendo a cuidar. También recordamos aquel paciente que volvió a caminar sin ayuda tras nuestra intervención, o aquel momento en el que entendimos que una palabra de ánimo también forma parte del tratamiento.

Quién nos iba a decir que aquel primer día de universidad terminaríamos aquí. Llegamos con ilusión, sí, pero también con miedo: miedo a no dar la talla, a no entender anatomía o a pensar que aquello no estaba en nuestro idioma. Porque nadie llega realmente preparado a una carrera sanitaria. Y todos recordamos la primera vez que alguien nos abrió su corazón.

Y aun así, aquí estamos. Hemos sobrevivido a prácticas eternas, trabajos imposibles y exámenes donde el café dejó de ser una bebida para convertirse en un órgano vital. A esto se suman las sobremesas interminables, los nervios antes de un examen y las carcajadas intentando pronunciar nombres imposibles que hoy forman parte de nuestro vocabulario. Porque si algo hemos compartido, además del estrés, ha sido la capacidad de reírnos incluso en los peores momentos. Y junto a ello, lo más importante: las personas.

Los compañeros que acabaron siendo familia. Los mensajes a las dos de la mañana diciendo: “tranquilo, tú puedes”, “esto entra seguro” o “voy a suspender”. Y sin darnos cuenta, nos fuimos sosteniendo unos a otros. Porque estudiar estas disciplinas no es solo aprender técnicas, es aprender a estar. A acompañar. Hemos vivido la impotencia de no poder hacer más y la satisfacción de ver mejorar a alguien. La emoción de que un paciente recuerde tu nombre. Ese instante en el que entiendes que elegiste bien.

Hay algo que nadie nos enseñó en los apuntes: la primera vez que un paciente confía en ti cambia algo dentro de ti para siempre.

Hoy no termina solo una etapa. Termina la versión de nosotros que llegó llena de dudas. Y aunque aún nos quede mucho por aprender, hoy podemos decir con orgullo: sí estamos preparados.

Preparados para los turnos difíciles, para los pacientes complejos,

para acompañar el sufrimiento sin dejar de cuidar. Y también para los abrazos, los progresos, las gracias sinceras y los pequeños momentos que lo compensan todo.

Hoy dejamos de ser estudiantes, pero ojalá nunca dejemos de tener la sensibilidad y las ganas de aprender con las que empezamos.

Esto también es para vosotros: familias, amigos y seres queridos, gracias por sostenernos cuando dudábamos. Gracias a los profesores por enseñarnos mucho más que teoría. Y gracias a nuestros compañeros por hacer inolvidable este camino.

Porque dentro de unos años quizá olvidemos un protocolo o un nervio craneal, pero nunca lo que sentimos aquí. Gracias por cada risa, cada abrazo, cada “seguro que apruebas” y cada momento compartido.

Hoy nos graduamos, pero sobre todo celebramos en quiénes nos hemos convertido. Enhorabuena, compañeros. El mundo ahí fuera tiene suerte de encontrarse con nosotros.

Muchas gracias.